

Pero podemos señalar alguna de sus fatales consecuencias. La guerra de 1914 ha exacerbado el nacionalismo. Cuando los pueblos empezaban a libertarse del fanatismo religioso, ha venido el fanatismo nacionalista a llenar su puesto. No se quema ya a los hombres por sus creencias religiosas; pero los ahorcan o fusilan porque tuvieron la imprevisión de nacer más allá de ciertas fronteras. No se hacen autos de fe con libros heréticos, pero se eliminan las novelas y folletos tachados de antipatrióticos por una censura casi analfabeta.

España, he dicho, ha sido el brazo en las obras más trascendentales de

civilización que han visto los tiempos modernos. Puede ser el brazo y el cerebro de la obra que reclaman los tiempos, es, a saber, la pacificación de los pueblos. Reunida en una confederación con los pueblos americanos, formará una agrupación suficientemente extensa para estar a cubierto de ambiciones territoriales y suficientemente poderosa para imponer la paz con el influjo de su poder moral o aplicando, con un criterio de absoluta justicia, la sanción económica que ponen a su disposición sus variadas riquezas naturales, casi inagotables.

B. SANÍN CANO

(*La Esfera*, Madrid).

Nuestros héroes y nuestra juventud

Este discurso se pronunció en la ceremonia conmemorativa del centenario de Lerdo; se publica en memoria de nuestros héroes; se consagra a nuestra juventud.

Los tiempos son difíciles. Nuestros jóvenes están desorientados; sus maestros no han sabido elevar sus espíritus; han fracasado en su educación moral. Se olvida que la acción creadora, urgente hoy, supone sólida y clara ideología.

Se habla continuamente de nuestras riquezas; se exalta la importancia de nuestras reservas materiales; nunca se recuerda lo que de glorioso tiene nuestro pasado espiritual, ni se habla de cómo debemos construir nuestro futuro.

Presentemos ante el mundo nuestras reservas morales. Hagámoslas surgir; utilicémoslas, volviéndolas actuales. Acudamos a ellas para llegar a conocer la realidad espiritual de nuestra Patria. Hurguemos en la vida de nuestros hombres puros y fuertes; elevemos así nuestra propia vida; procuremos terminar la obra de nuestros héroes; seamos semejantes a ellos.

En nuestra historia, no se encuentra otro núcleo de hombres más puro, más homogéneo, más inteligente que el de la Reforma. Estudiemos todos y cada uno de ellos. Valientemente, analicemos su alma y tratemos de comprenderla. La crítica creadora debe entender, construir. Hagamos esa crítica; dejemos la otra, la que sólo destruye, para los despechados que no saben dirigir su mirada al horizonte dorado por el sol.

CIUDADANO GOBERNADOR DEL ESTADO, SEÑORAS, SEÑORES:

PERTENEZCO a la generación que empezó a trabajar en plena lucha. Las furias se habían desatado en nuestra patria. El reajuste social se había iniciado. Comenzaba una franca revisión de valores.

Esta crisis, que apuntaba en 1910, nos sorprendió. La primera solución nos dejó estupefactos. Creíamos disfrutar de permanente paz orgánica. Juzgábamos intocable al Dictador.

Estudiantes durante la última etapa de la Era Porfiriana, sólo habíamos escuchado hosannas para el Caudillo y sus Ministros. Al Dictador lo respetábamos temerosos como a un dios patriarcal; a sus colaboradores, como a divinidades de su Olimpo; y su obra la admirábamos y la creíamos firme y grande; para juzgarla, citábamos la augusta paz de Octavio.

Y después, bruscamente, se rompió el encanto, y una realidad, muy otra, se ofreció a nuestros ojos. Nuestros maestros no nos habían dicho toda la verdad. El edificio tenía bases de arcilla. Una vez derrumbado, entre la arena ruinoso, solamente lucieron los

despojos imperiales y áureos reflejos de epopeyas lejanas.

La verdad se nos brindó desnuda. Junto al disciplinado grupo de estadistas vigorosos y sabios, herederos de la glorias de Arriaga y de Barrera, de Lerdo y Degollado, medraban negociantes ávidos de riqueza. Las alas que algunos batieran en su gloriosa juventud se habían quemado en las sórdidas fraguas de Plutón. Para nosotros, estudiantes entonces, solamente una figura blanca y venerable quedaba en pie. Sus manos no se habían contaminado; sus oídos habían sabido escuchar el latir de quienes tenían hambre y sed de justicia; su amor le había hecho comprender la inquietud filosófica de las nuevas generaciones.

Nos refugiamos entonces en la Escuela y nos pusimos a pensar. Educados en un materialismo histórico mediocre, discípulos del positivismo, mezquino y pusilánime, nuestra alma no estaba satisfecha. Sedienta de luz y de espacio, rompió al fin tan estrechas barreras y se lanzó a volar, y latió con Bergson y con Nietzsche, con Spinoza y Kant.

Pero la vida nos llamaba. El fragor

de la contienda atravesaba los espesos muros de la Escuela. No era fácil ni humano mantenerse impasibles y mudos, en la labrada y venerable sillería secular. No era propicia la torre de marfil. Tuvimos que escuchar. Los más arrojados, los más resentidos se lanzaron al campo; los demás bregamos en la escuela, en la ciudad.

Pero la lucha supone un ideal. Supone un modelo. Los tiempos eran duros. Ya lo decía Romain Rolland, el viril partero de almas que ha dedicado su obra apostólica a los espíritus libres de todas las naciones que sufren, que luchan y que sabrán vencer:

«El ambiente es pesado,—escribe.—La vieja Europa se atrofia en una atmósfera espesa y viciada. Un materialismo sin grandeza aplasta el pensamiento y estorba la acción de los Gobiernos y de los individuos. El mundo muere asfixiado en su egoísmo prudente y vil. El mundo apesta. Abramos las ventanas. Hagamos penetrar el aire libre. Respiremos el aliento de los héroes».

Y Romain Rolland presenta a la juventud del mundo el ejemplo de los héroes. Le ofrece modelos que seguir. Y así hace desfilar a Beethoven, el hombre fuerte y puro, a Miguel Ángel, el genio doloroso, a Tolstoy, el último cristiano.

La vida de estos hombres, sus pensamientos, sus luchas presentadas a la juventud le deben servir de ejemplo, estimularla, sostenerla en la lucha. Estos hombres sufrieron y triunfaron. A pesar del medio hostil, de la ruindad reinante, su genio supo imponerse y triunfar. Tómalos de ejemplo. Cuando dudes, cuando a tu alrededor no encuentres nada grande, vuelve tu mirada al héroe y trata de imitarlo. Respira su aliento. Sé como él.

El maestro de las nuevas generaciones mexicanas, el inolvidable Justo Sierra, bien lo comprendió. Si su sensibilidad exquisita le permitió escuchar la inquietud del pueblo mexicano, sediento de justicia, su inteligencia le hizo comprender que la juventud necesitaba ideales y ejemplos. Y nos legó un libro que es su testamento intelectual: «Juárez, su Obra y su Tiempo». En sus páginas, el joven mexicano encuentra muchos ejemplos gloriosos que seguir; por ellas desfilan las personalidades más puras y fuertes que ha producido nuestra Patria. Juárez, Ocampo, Comonfort, Guillermo Prieto, Santos Degollado, Sebastián Lerdo de Tejada... Recordando estos nombres, nuestra fe aumenta. Si México ha tenido por hijos tales gigantes, México ha sido y será grande. A pesar de todos los pesimismos egoístas, México triunfará. Como resurgió grande de la santa hoguera purificadora de la Reforma, resurgirá de la actual. Mejor